

go mucho desprecio, y el mismo Jesu-Christo es quien me lo inspira. M. ¿No hablas tú de ese hombre á quien Poncio Pilato hizo castigar? A. Calla, espíritu inmundo, y guárdese muy bien tu boca impura, y sacrílega de atreverse á pronunciar este adorable nombre. Puede ser que te lo hubiera permitido, si no te hubieras hecho indigno con tantas crueldades como exerces sobre sus siervos; pero no lo esperes más, porque no te has contentado con perderte á tí solo por estos horribles excesos, á que cada día te entregas; sino que tambien has querido perder á otros muchos, á quienes has hecho cómplices de tus delitos, aunque regularmente contra su voluntad. M. ¿Pero tú qué provecho sacas de creer, y de esperar en ese hombre á quien llamas Christo? A. ¿Qué provecho? Ah! muy grande, una recompensa infinita. El tendrá cuenta de todo quanto yo sufro ahora por él. M. No esperes á lo menos morir del primer golpe. Te quiero tambien reservar hasta el día de los espectáculos, para que no estando debilitado por los tormentos, seas mas sensible á los bocados de las bestias: entonces te verás devorar los miembros uno después de otro por aquellos crueles animales; y yo haré que tu alma sienta por largo tiempo, antes de separarse de tu cuerpo. A. ¿Qué exceso de furor, y de rabia esperas que el demonio sugiera á la tuya? Tú eres mas inhumano que los tigres, y mas sediento de sangre que los mas determinados homicidas. ¿No tienes horror de ha-

cer perecer á unos hombres, que son tus semejantes, que nadie los acusa, que son inocentes, y que jamás te han hecho mal alguno. M. Abridle la boca, y hacedle que beba del vino ofrecido á los Dioses. A. Mirad, Señor, la violencia que se me hace. M. ¿Y qué pretendes ahora? Tú no has querido sacrificar á los Dioses, y con todo eso, acabas de gustar las ofrendas; considérate ya iniciado en sus misterios. A. Tirano, sábete que el alma no se mancha, quando al cuerpo se le fuerza á hacer una cosa que ella condena. Dios, que conoce los mas secretos pensamientos del corazon, sabe que el mio no ha consentido en ello. M. ¿Hasta cuándo te has de dexar infatuar de esas vanas imaginaciones? no te librarán ellas de mis manos. A. Quando Dios quiera, sabrá muy bien el medio de librarme. M. Otra extravagancia! Yo te haré cortar esa lengua, que profiere tantas necedades. Tú abusas de mi paciencia; y mi moderacion bien veo que no sirve sino de mantener tu vanidad. A. Pues bien, una gracia te pido, y es que me hagas cortar esta lengua, y estos labios, que segun tú crees, se han manchado con el vino ofrecido á los Idolos. M. Bien dices, que has gustado del sacrificio. A. Confúndete, tirano detestable, tú, y todos los que te han dado la potestad de hacer tanto daño: jamás se le podrá reprehender á Andrónico de haber consentido en tu impiedad: pero tú bien te puedes acordar de la violencia que has hecho á los siervos de Dios: júzguenos este á los dos. M.

Malvado, ¿te atreves á hacer imprecaciones contra nuestros muy piadosos, y muy clementes Emperadores, á quien debemos la paz, y la tranquilidad que gozamos? A. Sí, maldigo una, y mil veces á esos tiranos sedientos de sangre, que se embriagan de ella, y que han inundado á toda la tierra. Estienda Dios sobre ellos su brazo vengador, quebrántelos, cúbralos de las olas de su cólera, abísmelos, para que ellos, y sus semejantes aprendan, y sepan lo que es perseguir á los siervos de este Dios terrible. M. Arrancadle los dientes, cortadle la lengua á raíz, para que sepa él mismo lo que merece el que tiene la audacia de blasfemar contra los Soberanos. Sean esos dientes arrancados, y esa lengua cortada, arrojados al fuego; y despues que hayan sido reducidos á cenizas, échense al ayre, para que no quede nada que pueda ser cogido por los Christianos, y dé motivo á la supersticion de algunas mugeres, que no dexarían de tomarlas, y de conservarlas como preciosas reliquias (1). Y á él, que lo vuelvan á la carcel hasta el dia de la fiesta, para que con los demas sirva de pasto á las fieras del anfiteatro.

Llegado el tiempo envió á llamar Máximo á Terenciano, Soberano Sacerdote (2) de la Cilicia,

Y

(1) Las reliquias de los Mártires se veneraban ya á principios del quarto siglo. (2) O el Ciliciarca; este era el Gefe de los Sacerdotes de los Idolos de toda la Cilicia, así como el Asiarca era la cabeza, ó Gefe de los Sacerdotes del Asia. Véanse las Actas de S. Policarpo.

y le mandó hiciese disponer los juegos para el dia siguiente. Obedeció este; y habiendo hecho saber la intencion del Gobernador al Intendente de los espectáculos, estuvo todo pronto para el dia señalado. Acudió desde por la mañana una infinidad de pueblo, hombres, y mugeres al anfiteatro, que distaba de la Ciudad cerca de una milla. Llegó á él el Gobernador á eso del medio dia: Echáronse luego á las bestias los cuerpos de muchos Gladiadores, que se habian muerto unos á otros. Nosotros estábamos retirados en un rincón, desde donde lo observábamos todo, aguardando con temor el fin de la funcion, quando mandó el Gobernador á algunos de sus guardas que fuesen á buscar los Christianos, que estaban condenados á las bestias. Corrieron á la carcel, de donde habiendo sacado á los Santos Mártires, los cargaron sobre los hombros de algunos, que los llevaron hasta el pie del tablado del Gobernador: los tormentos que les habian hecho sufrir, los tenian en un estado, no solamente de no poder caminar, pero ni aun moverse. Luego que los alcanzamos á ver, nos adelantamos hácia una pequeña eminencia, en donde nos sentamos, cubriéndonos hasta la mitad con algunas piedras que habia allí. El lastimoso estado en que vimos á nuestros hermanos, nos hizo derramar muchas lágrimas: y aun muchos de los que miraban, no pudieron contener las suyas; porque luego que los hombres que llevaban á los Mártires los descargaron en la plaza, se dexó sentir

Y 2

tir

tir un silencio casi general, á vista de un objeto tan lastimoso; y no pudiendo el pueblo contener mas su indignacion, comenzó á murmurar del Gobernador. Esta es, decian, una injusticia muy grande: esto no se puede sufrir: solo un mal Juez puede haber dado semejante sentencia; y sobre la marcha hubo muchos que se apartaron de los espectáculos, volviéndose á la Ciudad. Conociólo el Gobernador, y puso soldados á las entradas del anfiteatro, para impedir que nadie se retirase, y para notar los que salían, y delatarlos tambien. Mandó al mismo tiempo que soltasen un gran número de fieras; pero estos animales al salir de sus jaulas se detuvieron inmediatamente, y no hicieron ningún daño á los Santos Mártires. Enfurecido mas con esto Máximo, hizo llamar á los guardas de las bestias, y los hizo dar cien palos, queriéndolos hacer responsables, de que los leones, y los tigres fuesen menos crueles que él. Amenazólos que los haría poner á todos en cruz, si no le sacaban al punto la mas brava, y mas cruel de todas las fieras que hubiese. Entonces soltaron un oso grandísimo, que en aquel mismo dia habia muerto á tres hombres. Acercóse poco á poco á el lugar donde estaban los Mártires, y se puso á lamer las llagas de S. Andrónico. Este joven, que deseaba extremadamente el morir quanto antes, reclinó su cabeza sobre el oso, haciendo lo posible por irritarle; pero él no se movió. No pudiéndose contener

Má-

Máximo, mandó que le matasen, y se dexó matar sin resistencia á los pies de S. Andrónico. Advertido Terenciano de la terrible cólera en que estaba el Gobernador, y temiéndose para sí la suerte del oso, le envió al instante una leona de las mas furiosas, que habia venido de los desiertos de la Libia, y cuyo regalo le habia hecho el Soberano Sacrificador de Antioquia. Luego que se dexó ver, se inmutaron todos los espectadores. Daba grandes rugidos, de suerte que infundía terror en las almas menos temerosas. Pero habiéndose acercado á los Santos, que estaban tendidos sobre la arena, se echó á los pies de S. Taraco en una postura de suplicante, y como si le hubiese adorado. Al contrario S. Taraco, hacía todo quanto podia por irritarla contra él, y para excitarla su ferocidad natural, que parecia haber perdido; pero la leona, como una inocente, y apacible oveja, se estaba á sus pies, los cuales besaba, y lamía. Espumando Máximo de rabia, mandó que picasen á la leona con un aguijon; pero tomando entonces esta bestia su furor, que parecia haber olvidado para los Santos Mártires, y dando unos rugidos espantosos, despedazó á el guarda de la puerta del anfiteatro, é infundió un gran terror al pueblo, que gritaba: Perdidos somos todos, que abran la puerta á la leona.

Entonces mandó Máximo entrar á los Gladiadores para que degollasen á los tres Mártires; que executado consumaron su martirio. Y

re-

retirándose el Gobernador del anfiteatro, dexó en él una escolta de soldados, para impedir que no levantasen los cuerpos; y al propio tiempo, para que no se les pudiese conocer, mandó que los mezclasen con los de los Gladiadores, que habian perecido durante los espectáculos. Mientras que los soldados estaban ocupados en esto, nos adelantamos nosotros un poco; é hincándonos de rodillas, suplicamos á Dios nos mostrase las reliquias. Acabada nuestra oracion, aún nos acercamos otro poco mas. Tenían encendido fuego los soldados, porque ya era de noche, y se habian puesto á cenar. Pusímonos segunda vez de rodillas, implorando con gran fervor el socorro del Cielo, y pidiendo á Dios quisiese favorecer nuestra empresa, y hacernos distinguir los cuerpos de los Mártires de los de los Gladiadores. Fue oída nuestra oracion; porque al momento se levantó una furiosa tempestad, mezclada de relámpagos, truenos, y lluvia, y acompañada de un temblor de tierra, que hizo retirar á los soldados de allí. Apaciguada esta, nos pusimos á orar, y habiéndonos acercado á los cuerpos, hallamos el fuego apagado, y los soldados dispersos. ¿Pero cómo habíamos de poder discernir en un monton tan grande de cuerpos, á los que nosotros buscábamos? Acudimos á Dios: levantamos las manos al Cielo, y al mismo tiempo cayó un pequeño globo luminoso en forma de estrella, que se puso sobre cada uno de los cuerpos de los Santos Mártires. Levantá-

moslos con una alegría, que no podíamos explicar muy bien. Y á favor de esta estrella milagrosa salimos del anfiteatro; pero tan fatigados, que nos vimos obligados á descansar un poco, y entonces se paró la estrella tambien. Pusímonos á pensar dónde podríamos ocultar nuestro piadoso hurto; acudimos, como solíamos, á Dios, suplicándole acabase lo que tan felizmente habia comenzado. Recobradas nuestras fuerzas con esta pausa, volvimos á echar sobre nuestros hombros esta preciosa carga, y tomamos el camino de la montaña inmediata. Allí desapareció la estrella, y alcanzamos á ver una abertura en el peñasco, abierta en forma de sepulcro. Ocultamos al instante en ella los cuerpos de nuestros Mártires, y nos retiramos al punto, no dudando que el Gobernador haría una exácta pesquisa: y á la vuelta á la Ciudad supimos que los soldados, que desampararon el puesto, fueron cruelmente castigados de su orden. Dimos gracias á Dios de que se hubiese querido servir de nuestro ministerio para dar á sus siervos estas últimas, y piadosas exéquias. Marcion, Felix, y Vero se retiraron al peñasco, que es el depositario de estas santas reliquias, con el ánimo de pasar en él lo restante de sus días, á fin de que el mismo sepulcro, que encierra aquellos sagrados huesos, cubra tambien algun dia los suyos.

Sea nuestro Dios bendito para siempre. Os suplicamos, amados hermanos nuestros, que re-

cibais con vuestra acostumbrada caridad á los que os entregaren esta carta : merecen vuestra asistencia , y vuestra estimacion , porque tienen el honor de ser del número de los operarios que sirven á Jesu-Christo , á quien pertenecen la gloria , y poder , con el Padre , y el Espíritu Santo , antes , y despues , ahora , y siempre , y por todos los siglos. Amen.

F I N

DEL TOMO SEGUNDO.

* * * * *

NOTAS

**SOBRE LAS ACTAS
DE LOS MARTIRES,
CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.**

SOBRE EL MARTIRIO DE S. MAURICIO.

EL Autor de estas Actas es S. Euquerio , Obispo de Leon , que gobernaba esta Iglesia al principio del quinto siglo. Habíanlas publicado Surio , y Mombricio ; pero tan poco correctas , tan mezcladas de falsedades , y de circunstancias tan poco verosímiles , y tan poco juiciosas , que los doctos las desecharon con razon , como una pieza sospechosa , y apócrifa. Pero el P. Chiflet , Jesuíta , habiendo hallado felizmente en un Manuscrito del Monasterio de Monte-Jura , las verdaderas Actas , se participaron al público. De esta edicion es de quien nos hemos servido en esta coleccion , despues de haberla cotejado con otros diferentes Manuscritos , y particularmente con uno de la Abadía de S. Mauro de las Fosas , que tiene cerca de 900 años.

Ved aquí un bello fragmento de la antigüedad. Este es un Prefacio sacado de un Misal